

Un domingo*

I

México es siempre hermosa, pero un día festivo como que se puede observar su fisionomía con más detención, y abandonarse a la contemplación de sus encantos y defectos con más desahogo.

México, la hija más gentil y opulenta del Nuevo Mundo, la joven caprichosa y desgraciada, inquieta y desidiosa; cortejada por la ambición extranjera y envilecida por la criminal apatía de sus hijos; pues ved hoy domingo a esta capital, como quien dice, vestida de limpio, religiosa y preocupada, galana y ridícula; presentando a todos los ojos su conjunto indescriptible, pero con no sé qué de risueño y bondadoso. Su cielo, su única positiva riqueza, contra la cual no conspira la amistad extranjera ni el furor “empleomático”, ha brillado con la luz que anuncia descanso al perezoso oficinista y tormento al breve pie de la joven presumida, y a la frágil cintura del almibarado plagio de los elegantes de París.

Pero uno de tantos, ¿qué hace? ¿en qué se emplea? Todo es agitación y movimiento: los miserables asistentes de nuestros oficiales se encarnizan haciendo brillar “la bola de barniz” en las maltratadas botas de su jefe, para que entren en acción en el baile que se da la noche de ese día; el criado del reverendo padre fray Antonio prepara el pañuelo de

* Guillermo Prieto, *D. Benedetto*, “Un domingo”, *El Museo Popular* (15 de enero de 1840): 36-43.

puntadas bordadas, la alba con randas y encajes que le regaló a su amo la señora marquesa para decir la misa conventual, que es a la que concurren las mejores mozas de la vecindad; y miles de nuestros caballeros de industria obligan al pelo del sombrero a que oculte el raído borde superior: pintan con delicado tino sus levitas y esperan impacientes la hora en que debe volver su hermana mayor de la iglesia, para que sus medias figuren al lado de una chinela desencuadrada y sin lustre; lo consuelan sus ilusiones y tiene la dulce esperanza de que aquel su equipo achacoso y mal curado le dará entrada en el templo (cuando no se les impida a los de barragán o capote), lo nivelará a los caballeros en el baile; por fin le dará superioridad en muchas partes, porque ¿quién se figura en el siglo XIX al verdadero mérito, de barragán y sin corbata, con botas del Parián o con unos pantalones que no tengan en el anverso de cada botón, un claro y bien grabado Urigüen y Ragneau?

Es el caso que ahora que estaba yo embelesado con mi facundia y admirando la prodigiosa propensión de mi genio a divertirse con las flaquezas del prójimo, recuerdo que soy periodista, y que debo ser conciso antes de todo, ¿dónde dirigirá sus pasos en domingo uno de tantos? A misa, Dios sobre todo, vamos a misa; de 8 en la Encarnación, de 10 Santo Domingo, de 11 San Francisco, de 12 Señor San José; he aquí cuatro divisiones y de balde y si a mano viene, con música nacional o extranjera, porque no es nada extraño que

si el organista de una iglesia tiene sus pretensiones de parecer de buen tono, toque una aria voluptuosísima de Rossini cuando el sacerdote en voz alta y poniendo la mano lo más cómodo posible, para que resuene contra la casulla sin lastimarle un golpe de pecho, dice: *Domine non sunt Dignus*. Se acabó la misa y es de ver a los abonados a oír 10 o 12 misas los domingos, cómo se regocijan con la salida de las jóvenes. Por nadie se cambiará un meteorito de oficina ni un subteniente sin cuerpo, ni un primianista de medicina ni un dependientillo de vinatería o cajón de ropa en aquellos momentos deliciosos. ¡Hombres felices a quienes el maravilloso órgano de la vista abastece de todas las satisfacciones imaginables!

Han sonado las 12: las innumerables gentes, que no concurren a diversión alguna (de paga) pero que tal vez quieren hacerlo creer, se agolpan a la boca del Portal y no es difícil que uno que otro ricacho aprendiz de jinete sonría satisfecho con las figuras que en el cartel de todos representan el diestro manganero o el arriesgado coleadero.

Es difícil la elección para pasar en un verdadero solaz estas horas. ¿Cómo encarcelarse en un café donde el arma corta, digo la lengua, puede ser esgrimida por todo bicho viviente a sus anchuras? Ni en la Universidad de Oxford se habla de tantas materias: hombres que todo lo critican sin saber nada, que dicen Rousseau y Voltaire como está puesto, aunque al hablar de estos escritores los aniquilan con sus

sátiras; que tutean al ministro H. y al marqués B., y si se presentan dichos personajes los saludan con adulator rendimiento; que apuestan 1 000 pesos delante de usted a que hay habitantes en la luna, y a su espalda piden un cigarro al que tiene usted al lado opuesto; instruidos, sabios, experimentados, etcétera, en su café.

¿Y en esto de reputaciones...? No señor, vamos a visita. ¿Pero en qué pienso, pecador de mí, visitar en México, y un hombre que no es ni rico ni mendigo? ¿Dónde vas joven descaminado, a una de nuestras casas otomanas sin saber si las corbatas deben ser de vara y media o dos varas; si un chaleco nácar es mejor de pintas o de cuadros? ¿No ves que puede ofrecerse una contribución para día de campo, un *encarte*, un... un susto que te ponga en ridículo? ¿A esta gente te atreves a visitar? No, no, es mejor ir a ver a mis conocidas las hijas de la viudita poblana que cosen ajeno: eso es más análogo a mis circunstancias; pero hombre incauto, ¿dónde vas? A que la señora te parta el alma diciéndote que no pagan en la Comisaría; que su marido era el dedo chiquito del emperador; a que las niñas la interrumpen, haciendo ver que si tuvieran zapatos irían aquella tarde a la casa de su primo Melesio, que está enfermo; a que un mocoso insufrible, después de haber hecho caballo en tu pierna, con tu sombrero hundido hasta los ojos, bloquee el nudo de la corbata con sus asquerosas manecitas, si no es que con torpe encogimiento se te acerca y en el oído, te dice, “dame

medio”, y te ve y se retira con malicia, y tu entretanto (se supone por la falta del medio) te finges distraído, y entonces el muchacho grita “¿Lo digo?”; pregúntanle todos “¿Qué cosa?”; ríe uno, distrayendo la atención de los circunstantes: alaba la viveza del angelito pero lo desconcierta otro “¿Lo digo?”; uno sin un octavo, afligido, tartamudeando de sonrojo le dice: “Otro día”; en fin, se informan todos de la pobreza, ¿y qué remedio? Entre el desprecio, terminar sonrojado la visita con una conversación lánguida sobre guerra intestina y calamidades públicas.

Eso sí, ¿quién no tiene la certeza de que disculparán a usted de no tener miedo, haciendo hasta el sucinto inventario de su ropa? Esto es, si no lo asaltan con un escote para merienda, baile de compadres, posadas, o una rifita de un borrego de alfeñique en 80 acciones de a real: doy por supuesto que no es visita en que se pierde la llave del ropero cuando entra la criada a que se le encargue alguna cosa, ni donde se llama al frutero y, a la hora de pagar, la bolsita del dinero no aparece y no se puede parar a buscarla la señora por estar sin medias... No más visitas: las cuatro y media al paseo. Ésta es mano de una descripción poética.

El sol descende con blandura al ocaso: su luz moribunda alumbra un paisaje tan encantador, que la mano más diestra no pudiera trasladar al lienzo; desde el centro del concurridísimo Bucareli se tiene la vista y enajena la contemplación de la fértil y extensa llanura que está en el

primer término de este cuadro magnífico; se presenta a los ojos dicha llanura con su apacibilidad melancólica, con el dócil rebaño que padece esparcido, y con el humo espeso que en el éter purísimo y sereno sube y se extiende de la humilde chozuela del cuidador pacífico de los rebaños.

A poca distancia y descollando sin obstáculo se ostenta con su romanesca presencia el augusto Palacio de Chapultepec, parece que la naturaleza, caducando, se refugió en aquel sitio para eternizarse; parece que la ancianidad de aquellos árboles solemniza los recuerdos de la antigua grandeza de este suelo, y parece que en aquel edificio soberbio se materializó la memoria de los siglos caballerescos de la patria de nuestros conquistadores. Vense después del sombrío bosque, las lomas escarpadas de Santa Fe y en último término se confunden el azul oscuro de los montes con el más claro de los cielos, y se mecen en el espacio intermedio nubecillas que al deslizarse voluptuosas en la aura apacible de la tarde. se tiñen con los colores del sol moribundo, y se dispersan conservando en mil caprichosas formas sus brillantes, hasta que las desaparece la noche de los cielos, semejantes al desengaño que disipa de la imaginación las ilusiones risueñas de la juventud.

Esto es hermoso: por lo que mira al paseo, es un paseo de fantasía, de disfraz. Ve usted, por ejemplo: una ramera disfrazada de señora; un miserable, de hombre decente; aquel, aspirante de diputado; al rico, de simple particular.

—¿Quién es ese señor que va en este coche?

—¡Ah!, ese diablo no tenía qué comer hace dos días.

—Y este animal que viene disfrazado de gente, ¿quién es?

—Pregúntalo... no se lo preguntes a nadie: porque es fuerza que lo conozcas en cuanto se acerque.

—Conque, ¿quién era ese que no tenía qué comer hace dos días?

—Era el único que entraba a todas horas a hablar con el ministro D.

—¡Cáscaras!, con razón.

—Esa señorita que viene en el coche amarillo dicen que ha vendido no sé qué cosa para el baile de fantasía.

—¡Bribona!

—¡Qué alharaca! Ha llegado lo mejor, esos que vienen mortificando a sus caballos; estos otros que aturden a la concurrencia: ese es nuestro tono.

—Mira a J., trae amarrada la mano que se lastimó en el coleadero esta mañana. Este otro joven es de las mejores familias, y es un hombre “notable”.

—¿Qué hace de bueno?

—¡Cómo qué!, no hay quien coma en México como él.

—¿Es posible?

—Sí señor, se desayuna con cinco tortas de pan, come medio ternero y, sin respirar, apura tres botellas de champaña.

—Sería excelente buzo.

—¡Buen resuello!

—¡Ay del platón de puchas y rodeos que caen en sus manos! ¡Ay de aquel que da una merienda, y lo convida!

—Ya no se ve: vámonos.

—No señor, ésta es la hora del tono.

—Reniego del tono.

—Voyme; lo bueno es que tengo varios amigos en el portal, en el paseo y demás, que pueden entretanto “divertirse con mi reputación”.

II

Empolvado y lleno de fatiga, vuelvo del paseo: ha faltado su luz a la linterna mágica que daba vueltas a mi vista, y sólo quedan impresas en la memoria, las vidas y milagros de cuantos han paseado aquella tarde en el delicioso Bucareli.

Dejo consultando con su tocador al Elegante, el augurio de sus conquistas en aquella noche; lo dejo impacientándose con el rebelde *cosmetique*, que no quiere que aparezca negro y espeso el ralo y naciente bigote; lo dejo entregado a sus inspiraciones, para que cuente de una manera enfática y verosímil, que tal joven lo enamora; que no asistió a tal concurrencia porque había mucha broza, aunque en la casa del general R. ... dejo a este elegante envanecido de antemano por las señoras que cree que lo ven, o admirando su gracia y compostura, o aspirando con timidez a sus favores, sin conocer este pobre hombre que pueden ser

miradas de burla, o de desprecio: lo dejo, en fin, porque más vale dejarlo.

Entréguese *norabuena* en estos momentos, la joven de buen tono a pensar si su rostro mórbido se ostentará más hechicero entre el delicado encaje de una airosa pañoleta, o si a pesar del frío mostrará su esbelto cuello, expuesto a las miradas importunas y, lo que es más, a la rigurosísima intemperie.

En tanto que la infeliz criada de las pobres costurerillas o ribeteadoras de sombreros, recorre las casas de las conocidas de su ama pidiendo en una guantes, abanico y cinturón, en otra etcétera, y haciéndose sin quererlo las dichas señoritas objeto tierno de los recuerdos de cuantos en aquel escaparate ambulante han puesto sus prendas a la pública expectación.

Emprenda cantando su marcha, o cavilando en los divertidos juegos de prendas, el escribiente de tal licenciado, y vaya a repetir por la milésima vez, en un reducido círculo de niñas, su expresivo vals de amor, su canción poblana, sus lúgubres lágrimas de Voltaire o su juego del casero, conviniéndose tácitamente en que se ha de mandar de penitencia el abrazo rogado, lo menos cinco o seis veces en la noche, porque si esto no quita el frío, se hace por lo menos algún ejercicio; recíbanlo los ladridos o los halagos, que todo es peor, de los perritos de la casa: amenácelos con rabia la descuadernada futura del escribiente, y agazápese el

falderillo trémulo y gruñendo en las faldas de una gruesa matrona que, en medio de una bocanada de humo de puro, aplaude con desentonada risa aquella gracia de su incomparable Pirata o Polione, si es macho, y si es hembra Norma, o Adalgisa. He aquí uno de los bienes que nos ha traído la ópera italiana.

Séale, en fin, propicio el cielo a estas horas al amante entusiasta que se extasía contemplando los bastidores de un balcón y que recoge victorioso una marchita florecilla que se arroja del balcón después de un recio aguacero o de una reclamación del prefecto, por sospechoso. Por lo que toca a mí, paso a paso, evitando lo mejor posible un peligroso encuentro, verbigracia con un descontentadizo político, con uno de nuestros sabios de por allá, con un moderado que me aturde con sus buenos pero inútiles consejos, con miles de quienes se pudieran decir con Bretón:

Se llevó el cólera morbo
A millares de inocentes,
Y no se llevó a estos entes
Que sólo sirven de estorbo.

Como iba diciendo, paso a paso me dirijo a Veroly, aunque muy expuesto a que si conocen los criados, por desgracia, que pago sólo el real del chocolate sin gratificantes, me dejen desollar los dedos de la mano derecha, golpeando las mesas; por fin sonó con estrépito la campana del administrador del café y, atropellando gente, se

presenta a mis ojos un mozo: por fortuna hay marchantes y por consiguiente me liberté de que entablara conmigo una larga y fastidiosa conversación, como sucede en nuestras fondas y con los sirvientes de los baños.

Como hay tanto qué hablar sobre cafés, mil plumas, y sin adularme, muchísimo más diestra que la mía han descrito con gracia cómica estos lugares.

Es un divertido panorama un café, ve usted allí la especie humana ennoblecida: guerreros, siempre vencedores, que han favorecido a los generales de más valor y nombradía; políticos, en cuyas manos si estuviera el mundo, así saldría; jóvenes, a quienes si mienta usted la calle de Mesones, dicen: “¿Quién conoce ese arrabal?”. A quienes calza el mahones, viste Senac, comen en la Genovesa, juegan treguas de a 5 pesos, duermen de bata y gorro en un catre hermosísimo del norte. ¿Cómo se entiende nuestra pobreza? Se cree uno en un café trasladado al país más ilustrado, rico y feliz del universo: a no ser que se tropiece usted con uno de aquellos hombres que son un *pero* viviente, un *sin embargo* personificado, que se granjean reputación pronosticando desgracias y afeando cuanto ven en nuestras patria.

A la retreta: las 8 a la retreta, la lara la, qué linda aria.

Música triste, la escena está oscura; muchos y muchas embozados en capotes y capotas, aunque éstas sean de sangarete; un hombre de sombrero tendido e inclinado hasta

los ojos, con su espada debajo del brazo; por supuesto, la misma que llevó al paseo.

Uno que atraviesa cantando mal.

Varios cócoras, aturdiendo con sus gritos y formando semicírculo al frente de una cadena, aspirando con los circunstantes al renombre de “veteranos”, con insulsas y groseras chocarrerías.

Varios amantes que obsequian a sus amadas con llevarlas a la Alameda, a la retreta o a tal cual bailecito casero, mientras quiere Dios darles una lotería en las rifas de Santa Inés y el hospicio, para efectuar el suspirado enlace.

Hay gente para todo aquí. Y, favorecida de la oscuridad, se desliza entre los anchos pliegues de una capota la mano blanca y delicada de una joven que entrega al feliz amante, que está recargado pensativo contra un pilar, un perfumado billete, que a la luz de su puro y tal vez con bien formada letra inglesa, descubre un *adornado* que lo deja sin dormir de regocijo y satisfacción.

Hay también, como en todo, gente que padece, gente a quien persigue un energúmeno dulcero, con sus papeles de almendras y sus yemitas garapiñadas, sin dejarle respirar, si es que no lo asusta el ronco y destemplado grito de un indiazco chaparro y de bigote, que en el oído le dice: “castaña asada”. Pero cuán dulce es una noche oscura y oyendo, en medio del murmullo de los transeúntes, el obligado de un clarinete y a pesar del aire que azota a usted por sus cuatro

costados, oír también la voz dulcísima de su festividad compañera; allí, sirviendo de careta la oscuridad, se aventuran palabras atrevidas; se fijan las miradas con pasión frenética en su rostro, bañado al soslayo por la escasa luz del distante y mal alumbrado farol; gracias al contratista del ramo se pierde uno a las miradas inquisitoriales de una anciana, que no es poco adelante; y sin que se adviertan por fuera las ondulaciones de un pérfido capote, puede uno a sus anchuras oprimir la mano de su adorada, o llevar sus dedos blandamente entrelazados con los de uno; por supuesto, para estos casos son inútiles los anillos, y más de piedras porque... también por la oscuridad.

Aunque sólo son las ocho y media, pienso ir al bailecito de la calle del Estanco Viejo, me lo figuro por el estilo del que escribe D. Dolores en la comedia del alférez; dice así:

No hace mucho concurrí
Con mi querida Matilde
A un baile de gente humilde
Y escuche usted lo que vi:
Pieza a medio blanquear
Era, donde una cortina
Dividía la cocina
Del paraje de bailar.
Sillas de varios colores
Y tamaños la adornaban
Que con bondad franqueaban,
Los concurrentes mejores.
En mesas de cien abriles
Sostenidas con esmero
Por uno que otro madero
Estaban dos luces viles.

Pérfidos las resguardaban
Dos candeleros raquíticos
Que al sentir gente, impolíticos,
Las bujías ladeaban.

Junto al techo había luz
De una lamparilla escuálida
Del redentor en la cruz.

Sentados los circunstantes
Y otras gentes pobrecillas
Los bien vestidos en sillas
Y en el suelo los restantes.

Haciendo papel decente
Entre tanto badulaque
Siete impresores de franque
Un fraile y un subteniente.

Escuchándose a la vez
Un perrillo que ladraba
Algún chico que lloraba,
Y las risotas de Andrés.

Después de diez mil quimeras
Un músico calvo y tuerto
Tocó no con mucho acierto
Unas alegres boleras.

Y de un oscuro rincón
Con el frac, corto de sisa,
Largo el cuello de camisa,
Más que corto el pantalón;
Corbata de hombres pueriles,

Llena de pliegues y lazos
Y distantes los brazos

De sus agudos cuadriles,
Salió, con garbo gentil

Haciendo mil contorsiones
Y abriéndose los faldones
De su casa, ¿quién?, Gil.

Extiende la flaca pierna
Suenan el palillo con curia;
Y habla, alzándose la furia
Con su compañera tierna.

Mil pies llevan el compás,
Ya se escucha poco ruido
Pero gritan: "¡El marido!"
La niña no baila más
Hay gritos ¡oh suerte impía!
Todos huyen por la ronda,
Y es preciso que me esconda
Hasta que asoma otro día.

¿Para qué ocuparme más en mí?, que, ¿serán tan caritativos los lectores de este artículo que no anoten con pasajes de mi vida pública y privada mi insulso escrito? Creo que no.

D. Benedetto